

# LA NOVELA IDEAL



## CAMINO DE AMOR

De ANGELA GRAUPERA

Núm. 173

15 cénts.

UNIVERSITY OF VIRGINIA LIBRARY



Y020313860

1. *Mi amigo Julio*, de Adrián del Valle.—2. *Floreamiento*, de Federica Montseny.—3. *Abnegación*, de José Sanjurjo.—4. *¡Hermanos!*, de Salvador Cerdón.—5. *Las santas*, de Federica Montseny.—6. *Mi hermana*, de José Martín.—7. *El redentor*, de Isaac Pacheco.—8. *¡Engañada!*, de Federico Urales.—9. *El cacique*, de F. Barthe.—10. *Jubílosa*, de Adrián del Valle.—11. *El hijo de nadie*, de Federico Urales.—12. *El amor nuevo*, de Federica Montseny.—13. *El arico*, de Solano Palacio, y *Al jabalí*, de Salvador Cerdón.—14. *Madre*, de Antonia Maymón.—15. *Náufragos*, de Adrián del Valle.—16. *Redimida*, de Fernando Claro.—17. *Amor maldito*, de Federico Urales.—18. *Madama de guerra*, de José Martín.—19. *¿Cuál de las tres?*, de Federica Montseny.—20. *El hereje*, de José Sanjurjo.—21. *La bella aldeana*, de Federico Urales.—22. *Luz en las tinieblas*, de F. Caro Crespo.—23. *¡Madres!*, de Roderico Arnau.—24. *Los hijos de la calle*, de Federica Montseny.—25. *Esclavo de su culpa*, de José Castells Serra.—26. *El pecado del amor*, de Ricardo Vaqué.—27. *Las dos son mías*, de Federico Urales.—28. *Amor y sacrificio*, de Solano Palacio.—29. *Magternidad*, de Federica Montseny.—30. *Esperanza*, de Ignacio Cornejo.—31. *Pigmallón*, de Carlota O'Neill.—32. *Peregrino de amor*, de Federico Urales.—33. *La alondra*, de Angela Graupera.—34. *El otro amor*, de Federica Montseny.—35. *Cielo y tierra*, de F. Caro Crespo.—36. *Jugar con fuego*, de Federico Urales.—37. *Camelanga*, de Adrián del Valle.—38. *El drama de un amor vulgar*, de J. Rodríguez Aragón.—39. *La última primavera*, de Federica Montseny.—40. *El triunfo del amor*, de David Díaz.—41. *El suicidio de los enamorados*, de Federico Urales.—42. *La venganza de Jaime*, de Angela Graupera.—43. *Resurrección*, de Federica Montseny.—44. *Cómo se ama*, de José Espleas.—45. *Flores con y sin espinas*, de Federico Urales.—46. *Arrayán*, de Adrián del Valle.—47. *La hija del banquero*, de Romilda Mayer.—48. *Martirio*, de Federica Montseny.—49. *Aurora*, de Solano Palacio.—50. *Una aventura*, de Federico Urales.—51. *Como las águilas*, de Mauro Bajatierra.—52. *La hija del verdugo*, de Federica Montseny.—53. *Laudo de amor*, de Elías García.—54. *Un infanticidio*, de Federico Urales.—55. *Desterrados y raptos*, de Ascensio Larrea.—56. *María de Magdala*, de Federica Montseny.—57. *El último baluarte*, de F. Caro Crespo.—58. *Asíócratas*, de Adrián del Valle.—59. *La perla*, de Antonia Maymón.—60. *El amante de Encarna*, de Federico Urales.—61. *Cautivos que se libertan*, de Luis Calventius.—62. *El rescate de la cautiva*, de Federica Montseny.—63. *La Virgencita de los Merinales*, de Mauro Bajatierra.—64. *Diez años después*, de Federico Urales.—65. *Armonía*, de Miguel Campuzano.—66. *Ambición*, de Adrián del Valle.—67. *Cain y Abel*, de Elías García.—68. *Si tú me quisieras*, de Federico Urales.—69. *Mariucha*, de Iván Chevik.—70. *Entre dos amores*, de Federico Urales.—71. *El y Ella*, de Paco Lar y José de Tapia.—72. *El amor errante*, de Federica Montseny.—73. *Flora*, de Joaquina Colomer.—74. *El pitu de Peñarredes*, de Mauro Bajatierra.—75. *El príncipe que no quiso gobernar*, de Adrián del Valle.—76. *Liberación*, de Juan Ferrer.—77. *La de mis sueños*, de Federico Urales.—78. *Los unos y los otros*, de Ramón García-Diego.—79. *La vida que empieza*, de Federica Montseny.—80. *Aurora nueva*, de Antonio Estévez.—81. *¿Es usted mi madre?*, de Federico Urales.—82. *Coloma*, de José Cardaña.—83. *Sor Angélica*, de Federica Montseny.—84. *Para que el hijo sea nuestro*, de A. Fernández Escobés.—85. *Del cielo al penal*, de Regina Opisso.—86. *El alimañero*, de Mauro Bajatierra.—87. *Lo que me ocurrió con ella*, de Federico Urales.—88. *Fatalidad*, de Elías García.—89. *La ruta iluminada*, de Federica Montseny.—90. *Amor que vivifica*, de Luis Calventius.—91. *El eterno problema*, de A. Fernández Escobés.—92. *El casamiento de mi novia*, de Federico Urales.—93. *Un drama en las Guillerías*, de Narciso Fontás.—94. *El último amor*, de Federica Montseny.—95. *Aura popular*, de V. Márquez Sicilia.—96. *Las aventuras de unos niños*, de Federico Urales.—97. *El primer amor*, de Elías García.—98. *La tierra estéril*, de A. Fernández Escobés.—99. *Botones de fuego*, de Aurelio C. Rendón.—100. *Ladrón de amor*, de Federico Urales.—101. *¡Era su madre!*, de

ANGELA GRAUPERA

CAMINO DE AMOR

Revisado por la  
previa censura

PUBLICACIONES DE LA REVISTA BLANCA

ADMINISTRACIÓN:

Calle Guinardó, 37, Barcelona

Se sirven colecciones completas encuadernadas y en números sueltos

Precio de suscripción: Un semestre 3'50 ptas.



No se devuelven los originales  
que no se publiquen



LA PRÓXIMA NOVELITA SE TITULARÁ

## Delito de Amor

DE REGINA OPISSO

### LA PERSECUCIÓN DEL HELENISMO EN GRECIA

Por ANGELA GRAUPERA

Trescientas cincuenta páginas de excelente papel e impresión, dos pesetas cincuenta céntimos.

ALDERMAN  
STACKS  
PQ  
6613  
.R38  
C36  
1929

I

En la melancólica desolación del paisaje y en la cenicienta inmensidad, entre neblinas inquietas y blancuras marmóreas de losas y cruces funerarias, destaca una silueta varonil, enérgica, plástica, altiva. Y su elegancia arrogante y altanera, su actitud de eterno gladiador, tenía en la tétrica soledad del cementerio un algo indefinible de grandioso y de sublime.

Era entre los muertos, símbolo magnífico de vida; era entre lo inexistente y lo inexorable, la eterna renovación, el eterno esfuerzo, la juventud escrutando los caminos del destino, la ilusión esperando el amor.

Cristina desde su triste atalaya descubrió la clásica y bella estatua de carne inmóvil en gesto de piadoso recogimiento y meditación.

(Un admirador de mi adorado muerto) —se dijo la joven con orgullo lleno de pesadumbre.

Y sus ojos lánguidos y pensativos de inconsolable mujer, huyendo del interés hasta entonces ofrecido por la lectura de un libro que cerró, siguieron obstinados y con una curiosidad nueva y palpitante al desconocido que en hora mansa, romántica y silenciosa gustaba de pasear entre los muertos de la gran guerra.

Y decía desconocido porque Cristina desde su solitario retiro habíase familiarizado con cuantos iban más o menos frecuentemente a dejar unas flores y unas lágrimas sobre la tierra que amorosa guardaba los restos de aquellos que habían partido a través el río negro sin orillas, sin horizontes, sin fin.

Padres, esposas, madres, hijas, subían a la colina en padosa peregrinación. Pocas, muy pocas eran las novias fieles a un recuerdo, que la existencia tiene sus exigencias y ellas las habían aceptado quizás dichas de renovar esperanzas, de reflejarse en otros

y apasionados ojos quizás también orgullosos de que sus entrañas no serían estériles y estallarían un día flores del amor en un grito de triunfo a la maternidad. Para esas jóvenes terrozosas de vida Cristina tenía paídas sonrisas de desdenosa compasión.

¡Olvidar!... ¡Olvidar! ¿Es posible dejar de recordar, cerrar herméticamente la memoria con su cabaigata de pensamientos cuando se ha sido adorada por un héroe y este héroe ha caído en el campo de honor y de combate? Cristina adoraba aún al muerto. Se nutría de su recuerdo, se alimentaba de su gloria.

Y a fin de continuar viviendo cerca del amado y de los suyos, para que los recuerdos ingratos y tornadizos no escaparan de su cárcel de ilusión, habíase refugiado en aquella tñebre colina de su propiedad convertida en campo de eterna quietud por su veneración de esposa y de mujer. Cuantos habían caído luchando con su marido bizarro general, dormían allí el último sueño bajo las blancas y sencillas losas, rodeando la gran tumba del jefe, como en vida le rodearon en las mortíferas trincheras.

Idolatrada por su esposo ya casi viejo cuando Cristina penetraba en el maravilloso jardín de la juventud, ella a pesar de la diferencia de edad había sabido corresponder con idéntico y apasionado ardor.

Sin familia, así que la catástrofe hubo roto su idilio y su felicidad, había comprado la colina y construido en su planicie una casa grande, confortable y encerrada en sus muros vivía como en inexpugnable torre de dolor.

Aislada, solitaria, siempre envuelta en sus negros crespones de viuda moraba desde hacía seis años, no turbado el ritmo de sus tristes pensamientos más que por el susurro del viento, el graznar de los cuervos y de cornejas y las voces apagadas de los peregrinos.

Gozaba Cristina de hundirse en las turbias aguas del dolor, de hurgar en sus profundidades, contenta cuando se convencía que su herida sanaba aún sangre de desesperación.

Al principio alguna de sus amistades la visitaron, después dejaron de subir a la colina de la cual descendían siempre con la macabra visión ofrecida por

losas, cruces, mustias coronas y el fantasma doliente de una mujer.

En su voluntario destierro le siguieron devotos y abnegados su nodriza con su marido, cuidando ambos de la casa, de las provisiones y del pequeño jardín.

Ahora en el poético y brumoso otoño las hojas de los pequeños y esmirriados árboles empezaban a teñirse de grana y oro, mientras los crisantemos extendían sus pomposas y fantásticas cabelleras a la caricia del viento y del sol.

El desconocido había desaparecido tragado por la vertiente, pero Cristina siguió ensimismada, clavados los ojos en el vacío, donde momentos antes había dibujado bellamente vigorosa y simbólica la silueta varonil.

... ..

Sobre la paz de la colina empezaron a formarse espesos y negros nubarrones e impelidos por el viento galoparon frenéticos como caravana de monstruos camino de sus cavernas.

La luz se hizo más difusa, opaca y cenicienta y a no tardar furioso huracán sacudía la casa, los árboles, las mustias coronas, los penachos sedosos de los crisantemos y la quietud austera se rompió a un concierto de lamentaciones.

Cruzó el sombrío firmamento la luz cárdena y visísima del relámpago y un trueno rodó majestuoso por la inmensidad, se corrió por las vertientes, se perdió lejos en un fragor siniestro de tambor batiendo en horas de guerra.

Marieta la nodriza asomó tímidamente a la puerta del salón anunciando con visible contrariedad.

—De nuevo tenemos tempestad. Mateo dice que lloverá toda la noche. ¿Quieres cerrar herméticas las ventanas y encienda la luz?

Interrumpida en sus meditaciones Cristina, sobresaltóse como si despertara de un penoso sueño y estremecida lamentóse:

—Y que mi adorado y todos los suyos se queden ahí, expuestos al huracán, al frío, a la lluvia!

Positiva y razonable, sinceramente apenada la buena mujer de que la joven dejara esfumarse en una

culpable inactividad los más bellos años de su juventud, replicó:

—No sufren, pues que han deiado de existir. Más dignos de lástima somos nosotros. Tú, condenándote a un destierro sin sanas alegrías, sin esperanzas...

—¿Te atreves Marieta a censurar una conducta que debiera llenarte de legítimo orgullo? —recriminó severa.

—De vivir de un recuerdo a hacer de este recuerdo un tormento y una agonía hay un abismo, Cristina, que tú no quieres medir porque no ignoras te devolvería a la razón. Eres obstinada y jamás te he visto yo reconocer una equivocación —insistió con una tierna familiaridad permitida por su acendrado cariño.

—¿Quieres dejarme? —preguntó inquieta, alarmada y descontenta.

—¡Ah, no pequeña, no lo esperes! Te he seguido y restaré con mi hombre a tu lado hasta que te decidas a vivir como lo ordena tu edad y tu posición. Pase aún, vivir el verano entre muertos, pero el invierno, Cristina, el invierno es en extremo pavoroso.

—Aquí reposa mi marido y me aflige tu lenguaje Marieta. Otros inviernos hemos pasado y pasaremos el que se avecina en compañía de nuestros héroes. Puedes cerrar las ventanas, encender las luces y preparar la cena. Me acostaré temprano —ordenó en deseos de cortar una discusión de todos los días tan pronto llegaba la fría y gris estación.

Ruido de puertas y ventanas que se cierran ahogó el fragor de la tormenta; luego el silencio se hizo en el interior de la casa.

A fuera el vendabal y la lluvia danzaban furiosa zarabanda, a la orquesta grave y majestuosa del trueno. Cristina cogió una labor y cerca la suave luz irradiada por la lámpara de petróleo intentó apagar el misterioso tumulto de sus pensamientos absorbiéndose en el paciente bordado.

No lo consiguió, que su atención toda se concentraba en los mil ruidos levantados por la tempestad. Diríase esperaba los pasos cautelosos del azar arras-trando tras su enigma la bruja aventurera.

La lluvia arreciaba. Golpeaba sonora los cristales.

les, goteaba cantarina de los salientes aleros, se corría por los regatos del jardín con ruido de placenteros y golosos riachuelos.

Marieta preparaba la mesa. Mateo, su marido, trabajaba en la cocina.

De pronto, Cristina soltó el bordado y temblorosa prestó más atenta atención, preguntando:

—¿Has oído, Marieta?

—Diríase pasos de hombre. Voy a llamar a Mateo para....

Ruido sordo de cuerpo que pesante cae cortó la frase de Marieta.

Y un silencio pavoroso sucedió al trágico chocar de un cráneo contra durezas de mármol.

Las dos mujeres se miraron lívidas, angustiadas.

Cristina fué la primera en reaccionar y levantándose con impulso generoso y humanitario cogió la lámpara para alumbrarse, diciendo:

—Alguien ha caído y necesita de auxilios.

Entró Mateo acudido al rumor alarmante de la caída.

—¿Abrimos?

—Ciertamente. Debemos socorrer a ese desdichado sorprendido por la tormenta.

La llave chirrió, un cerrojo se corrió con áspero tintinear de hierro y al abrirse la puerta una ráfaga violenta de viento y de lluvia les envolvió, haciéndoles retroceder, mientras la lámpara vacilante y ahumada amenazaba extinguirse.

A fuera negruras.

Cristina de nuevo avanzó e inclinándose la luz proyectó en el suelo su halo luminoso, acarició lívida una forma humana, bañada en sangre.

—¡Pronto! —ordenó pasado el estupor— tomad a ese infeliz entre los dos y avivad el fuego del comedor.

—¿Ha muerto? —tembló la voz de Marieta, levantando la rota cabeza.

—Respira... Un desvanecimiento —afirmó Mateo tomando entre sus brazos aun vigorosos el cuerpo exánime.

Entraron en la casa. Cristina les precedía con la luz temblorosa en la mano. En el comedor y cerca

del fuego lo sentaron en amplio sillón. La joven acercóse al herido y su lámpara dibujó resplandores inquietos en torno del cuerpo desmayado, puso alegría de luz en las facciones inmóviles y sangrientas.

Y Cristina no pudo evitar un vivo gesto de sorpresa y la certidumbre que en el misterio de su alma pasaba un meteoro de loca alegría.

En el herido reconoció al hombre que horas antes en la desolada inmensidad del paisaje había simbolizado en torno de la muerte, la gloria del vivir.

## II

Lavada la herida, más ancha que profunda, y vendada la cabeza, el desconocido abrió los ojos, paseólos por el comedor, se detuvieron asombrados en los rostros ávidamente inclinados sobre su doblado cuerpo.

Y sus manos largas, bien cuidadas y finas se elevaron pausadas, palparon los vendajes, se bajaron juntas, en gesto de gratitud.

Intentó levantarse como avergonzado de su desorden, sin conseguirlo.

—¡Quieto, amigo mío! —rogó una voz dulcísima cuyo timbre estremeció al hombre.

Este, sacudiendo su debilidad consiguió enderezar el gallardo busto y comprendiendo debía una explicación a los que generosamente le habían socorrido habló con un poco de timidez y de cansancio en la voz.

—Sorpresa por el fuerte aguacero, en mi precipitada fuga caí, al tropezar con unas gruesas ramas, arrancadas por el viento. Mi frente dió contra una piedra funeraria y aturdido, perdiendo sangre en gran abundancia permanecí largos momentos, hasta que reaccionando recordé esa casa y a ella me encaminé a través de las densas tinieblas. La debilidad me dobló en el preciso momento en que iba a llamar a su puerta en demanda de asilo. Doy a ustedes las gracias por su generoso gesto, esperando ocasión favorable que me permita manifestarles mi gratitud.

—No se fatigue, se lo ruego. Ha perdido usted mucha sangre y debe recobrarla. Tome... Beba este

vaso de Jerez... Le hará bien —y Cristina alargó al desconocido el vino recontortante acompañado de leve sonrisa.

Marcela, perspicaz, sorprendió la sonrisa que abrió la flor pálida de los labios y se la agradeció al extranjero que la sonrisa después de la tormenta parece anunciar nuevas auroras de amaneceres abiertos sobre el magnífico jardín de la ilusión.

Y haciendo un signo discreto a su marido, los dos se perdieron en las penumbras del pasillo conduciendo a la cocina.

—Gracias infinitas señora. ¡Cuánto lamento la molestia de que soy causante! Dentro unos momentos estaré con fuerzas para regresar a la ciudad —reconoció de nuevo devolviendo el vaso y mirando con tierna atención a la pálida y entutada joven...

—¿Puede usted, y creo sería preferible dado su mucha debilidad, pasar la noche bajo este techo. En la casa hay una habitación, de la cual puede usted disponer —ofreció Cristina, arrastrada por no sabia qué súbita y extraña simpatía.

Rechazó ahora con noble firmeza, no libre de respeto y cortesía.

—Jamás me perdonaría abusar de su noble hospitalidad, señora.

—Comprendo y me conformo a sus legítimos deseos. Su familia estaría inquieta temiendo los más funestos accidentes —inquirió la joven sentándose cerca del herido.

—No tengo familia, señora —y en el temblor de la voz pareció a la joven palpitaban secretos dramas, nostalgias, tristeza de soledad y de abandono.

Reinó unos momentos de silencio ocupados en observarse. En el hombre la inspección produjo efectos gratos. La sonrisa dilató los labios, iluminando la blancura de los dientes el rostro moreno, austero, casi místico.

Cristina, también complacida del espiritual examen, inclinó graciosamente su delicado busto hacia el desconocido y una pregunta brotó en deseos de conocerse.

—¿Ha subido usted en noble atán de recordar gestas heroicas y horas de abnegación y de sacrificio?

Firme, segura, con vibraciones metálicas en la gra-

ve voz, el joven contestó mirándola hondo, cortante, psicolizador en el alma de los ojos:

—He subido señora a impregnarme de odio.

—¡Ah! —exclamó replegándose vivamente en el fondo de la butaca en gesto de nerviosa contrariedad.

Luego un reproche amargo brotó del fondo de su adoración.

—¡Beber odio, respirar odio entre los que sucumbieron en el honor, en la bravura, en el deber!

—¡Al odio a la guerra, señora —afirmo sin énfasis y con una noble fuerza denunciando lo muy amargado de sus convicciones.

El nusero, imán irresistible de la curiosidad, hizo otra vez doblar el cuerpo de Cristina hacia el hombre y vacilante, medroso el acento interrogó:

—¿Quién es usted?

—Soy una quimera, una ilusión, un ideal, un sueño hoy. Mañana, en lo venidero, en una tierra de iragantes auroras, de horizontes sin fronteras, de cielos sin misterios, seré una realidad.

Soy, señora, un apóstol de la Paz. Un fanático de bellos y humanos ideales. Predicando voy mi doctrina por los escabrosos caminos de la vida.

Para muchos soy un loco. Pocos me escuchan. La mayoría posan indiferentes una sonrisa irónica a flor de labios.

Ningún esfuerzo se pierde y las semillas del bien y de la bondad germinarán y un día glorioso la tierra toda estallará en un grito a la Paz universal.

Pasó entre ellos un soplo de emoción, silenciosas, calladas las almas que ellas se penetraban, y se miraban en el cristal de los ojos, inquietas de verlas asomar extrañas una de la otra, separadas por abismos inexorables de ideal.

El hombre soñaba convertir el odio en amor. Confundir, fusionar las dos turbulentas pasiones en el mismo crisol hasta obtener el metal puro y precioso del eterno amor.

Ella había hecho de la guerra, un acto de sublime necesidad, en la cual los hombres si bien se destrozaban en nombre de unos derechos y unas ambiciones, cuando morían los proclamaban héroes. Y la mujer

adoraba más que la memoria del hombre y del marido, la del general muerto en nimbo glorioso.

Ella encontraba legítimas y naturales las luchas de hombre a nombre. Él quería destruirlas, hacer de la tierra un remanso, de los hombres pacíficos hermanos.

Iban por distintos caminos y jamás se encontrarían terminadas las jornadas.

Cristina aturdida de lo inesperado balbuceó:

—Insensato, difícil empeño.

—Difícil, insensato, cierto, no imposible. A veces desfallezco y siento lo titánico de mi labor. Entonces, cuando la llama de mí te amenaza apagarse, taita del sagrado combustible, medito entre silencios de muerte, paseo entre las víctimas de poderes ambiciosos y salgo de mi alucinante paseo con un volcán de odio en el pecho — terminó con apasionada y sincera convicción.

—Yo vivo con un amor en el alma, en el corazón una admiración, cerca del cadáver del que fué mi marido, rodeada de las tumbas de sus fieles soldados. Yo he consagrado mi existencia a ellos, manteniendo siempre viva y encendida la lámpara del recuerdo. —confesó Cristina con melancólico orgullo.

Levantóse el desconocido y su cuerpo se diseñó magnífico de promesas, de empeños, de noblezas delante los ojos dulcemente tristes que recogieron en su retina la visión del hombre de voluntad, del apóstol de la bondad, del amor, de la paz.

La miró con tierna compasión y su voz bien timbrada, de entonaciones graves y profundas condenó.

—Mejor haría usted, señora, en consagrar su vida a los vivos, a los necesitados, a los que esperan razones nobles y amigos para resistir el horrendo espectáculo que en sus hogares ha dejado, el monstruo torturador de la guerra.

### III

Las frases duras de censura habían caído en el dolor de Cristina como plomo fundido, abrasándola

en plena adoración, aplastando sus afecciones, aniquilando los recuerdos.

Fueron los que se sucedieron al accidente días de prueba y de lucha para Cristina perseguida por el eco grave y convncente de la voz, por las cejas grandes, dulces y ardentes, por la silueta misteriosa que había partido dejándola hasta en la ignorancia de su nombre.

¿Para qué si iban por distintos caminos?

Prometió volver. ¿Volverá? —se preguntaba en el tumulto de sus pensamientos, ahora rebeldes a permanecer clavados en montones de irias cenizas.

El otoño iba desnudando los árboles; los arbustos también se despojaban de sus numerosas y verdes túnicas estivales y los crisantemos al aire sus revueltas y sedosas cabelleras prestaban una nota deliciosa de vida y de color a la colina que mansamente se recogía en el gran sueño invernal.

Después de los persistentes y furiosos aguaceros la calma se hizo a la tempestad, el Arco Iris trazó en el firmamento surcos radiantes de oro de amatistas, ópalos, topacios y un cielo intensamente azul descendió sobre la inmensidad de las cosas.

El sol brillantaba los mármoles pulidos por las recientes lluvias, y los cuervos eran las únicas manchas que con sus pesantes vuelos rompían la limpieza del espacio.

Cristina iba a levantarse y pasar a su cuarto dormitorio en busca de un libro olvidado sobre la mesa de noche cuando llamaron a la puerta.

Sobresaltóse, que nadie iba nunca a turbar el ritmo de su vida sentimental.

Los viejos, ocupados en el jardín o en la cocina, no habían podido oír el humilde llamamiento y ella misma abrió la puerta.

—¿Usted? —exclamó con una sorpresa llena de secreta alegría.

—Vengo a pagar un poco de mi gran deuda de gratitud —contestó descubriéndose y ofreciéndole un manojo fragante de espléndidas rosas.

—¿Flores? —balbucó reducida por el delicado homenaje, ocultando entre sus aromadas frescuras el rubor fugitivo de su rostro.

Entraron en el salón. Los ojos del hombre escrutadores y curiosos se posaron en blanco al\*ar, donde la romántica adoraba desde su marco de repujado oro la imagen de anciano militar.

Ella en gesto adorable de ofrenda depositó las rosas sobre el niveo y bordado mantel.

—¿Su padre? —preguntó interesado.

—Mi marido —contestó; de nuevo las amapolas del rubor nacieron en el raso de sus mejillas.

Y en la turbación el hombre vió pasar la sombra indecisa de la humillación.

Se hizo el silencio buscando el joven frases amables propicias a entrar en conversación; esas conversaciones de alma a alma y de corazón a corazón que casi siempre terminan en dulces confidencias.

Cristina le rompió con una pregunta que ella luego juzgó temeraria y atrevida.

—¿Viene usted a saturarse de odio?

—Hoy, señora, vengo a respirar la fragancia exquisita de una vida que se ignora porque agoniza entre cenizas —confesó sin dejar de observarla con artística y complacida atención.

—Cenizas de recuerdo —afirmó sentándose y ofreciéndole un sillón cerca de la ventana velada por espesos encajes.

—¿Por qué no intenta usted emplear su juventud en tarea más noble que la de llorar lo que estaba escrito en el libro del destino? Además, la muerte del guerrero debe ser siempre con las armas en la mano y usted no puede lamentar lo de antemano y voluntariamente aceptado cuando hizo de él su marido.

Hace poco que conozco a usted y pareceme ya una buena y lejana amiga esperada por mi ideal para hacer de ella mi aliada y mi compañera. En usted hay un carácter, un noble carácter que espera ocasión favorable para desplegar su enérgica actividad —se confió el joven deseoso de penetrar en el cerrado santuario de aquella alma esquivada a las concesiones.

Y se calló extático, contemplativo, gozando deliciosamente en la confusión de la pálida y hermosa mujer, en la transparencia luminosa de sus carnes marfilneas, en la sombra sedosa que los caídos párpados proyectaban sobre las delicadas mejillas.

Levantó ella los ojos y los clavó con dulce insistencia en el desconocido rechazando toda colaboración en la magnífica obra de paz.

—No podremos ser nunca aliados. En usted germina el odio hacia lo que constituye mi bello ideal. Mi alma es toda e inagotable ternura.

Protestó con fogosa vehemencia el joven:

—Sufre usted una muy lamentable equivocación. Vive usted consagrada a las víctimas del odio. Yo por ese odio a sus verdugos, siembro en torno mío el bien, la bondad, el amor.

—No insista; nunca estaremos de acuerdo. ¿Y su herida? —preguntó desviando la palpitante conversación.

—Completamente cicatrizada. Sus manos hechiceras la curaron —y se inclinó con la perfecta elegancia de un hombre de sociedad.

—No gusto yo, de adulaciones —rechazó adusta, severa.

—Ni yo tampoco, señora —defendióse vivamente—. La adulación no entra en mis costumbres, ni en mi pensamiento. He querido testimoniar a mi buena hada de la noche aquella, con el sentimiento de gratitud, mis anhelos fervorosos de amistad.

... ..

Muchas eran las tardes ahora que el joven subía a la desolada colina prestando amigable y respetuosa compañía a la melancólica y lánguida reclusa. Y siempre, no descuidaba de ofrendarle con exquisitos y aromados manojos de flores que ella agradecía con triste sonrisa y un júbilo misterioso en las honduras de su corazón.

Una tarde, sentados cerca de la encendida chimenea, después de unos momentos ocupados en escuchar los gemidos del viento y la salmodia monótona de la lluvia en los cristales, Cristina otra vez se hizo atrevida y sus labios, que empezaban a florecer en continuas y alegres sonrisas quisieron romper un enigma.

—Las puertas de esta casa se abren todas para recibir a usted como el mejor de los amigos y ¡caso raro!... ese amigo no tiene nombre, es un misterio.

—Es un apóstol de la Paz que responde al nombre

de Mario —complació envolviendo a la joven en una mirada que la estremeció.

La simpatía iba acercando aquellos dos seres que en sus comienzos parecían refractarios a la fusión de sentimientos.

Cuando Mario no iba, Cristina sentíase sola y como abandonada en aquella isla de muerte y de quietud.

Las flores, aquellos opulentos ramos de flores tenían el mágico poder de alumbrar las extinguidas esperanzas, de sahumar su carne joven con anhelos imperativos y extraños que le rendían en lánguidos y dolorosos abandonos. Resistía a la tentación, encadenada al pie de su equivocación por un resto de orgullo del cual le era humillante despojarse, porque aun no estaba penetrada del verdadero amor.

Mario afirmaba su magnífico apostolado. Sabía que sus frases bondadosas minaban lentamente el castillo de fortaleza y que sus muros antes resistentes, empezaban a bambolear al soplo de nuevas y más puras aspiraciones.

El joven, que había leído en los inteligentes ojos de la fiel nodriza con el reconocimiento por la perseverancia y optimista compañía un estímulo y también una secreta aliada, no desmayaba, esperando curar a Cristina de su enfermiza desesperación y hacerla entrar definitivamente en los senderos amplios, floridos y radiantes de sus humanos ideales.

Ya la joven no rechazaba con tanta acritud y altiva firmeza el proyecto de acompañarle en los barrios pobres de la ciudad, donde como inmundos rebaños se hacían los desheredados, los que forman la misera carne de cañón, los que riegan con su sangre la tierra patria y en recompensa, la patria ofrece la limosna de un mendrugo de pan.

Encontraba siempre Mario palabras vibrantes y de trágica elocuencia para describir la miseria física y el descenso moral de la turba hambrienta y andrajosa, del calvario recorrido por las familias de los mutilados de la guerra que Cristina empezaba a darse cuenta de su lamentable equivocación. En vez de enjugar llantos, en vez de sembrar las nuevas ideas, en vez de sumarse a los pacifistas, hablase vuelto ferozmente egoísta, en-

certada en su tristeza. llorando inconsolable a los que habían dejado de sufrir, permaneciendo en vergonzosa pasividad cuando había tantos seres verdaderamente desdichados reclamando sus energías, su actividad y una parte de sus acumuladas riquezas.

Había tardes, que cuando la conversación languidecía, obstinada la joven en su orgullosa negativa, hacían música y si Cristina se revelaba como exquisita intérprete de los clásicos maestros, el arte admirable y seguro de Mario la dejaba envuelta en olas formidables de los más opuestos sentimientos.

¿Quién era aquel hombre altruista, cultivado, educado y superior artista, aventurero de nobles empresas? Un misterio quizá terrible se ocultaba en aquella existencia, dedicada entera a sembrar la bondad y el amor.

La duda arañaba con su dedo inexorable la turbada conciencia de Cristina y ésta indecisa, inclinada ansiosamente interrogadora sobre el abismo que había engullido su pasado, no se atrevía aún a descender de sus solitarias alturas para confundirse con la masa doliente y aprender en el sabio libro de la experiencia que su admiración no era una virtud y sí un crimen abominable, cómplice de nuevas y fratricidas matanzas.

#### IV

Un día soleado de invierno, la fuerza cálida del sol fundió las tinieblas de su alma y Cristina palpitante y bajo la emoción de la escueta y pavorosa narración prometió a Mario acompañarle en sus piadosas peregrinaciones.

Después de seis años de voluntaria reclusión prometía ir a la ciudad, conocer horribles e insospechadas realidades, y el martirio de centenares de madres, esposas, hijas, hermanos.

Ebrio de su victoria, los ojos ardientes y luminosos de alegría como dos soles, Mario cogió entre las suyas la mano ardorosa y trémula de la joven y llevándola a sus labios prometió:

—No esperaba menos de su corazón, ni de su sen-

sibilidad. Iremos, Cristina, y si yo retorno siempre de mi lacerante paseo con un volcán de odio en el pecho, usted saldrá de los antros de miseria, con un cielo infinito de amor en el corazón.

—Sus frases me sacuden y presiento las cosas más abominables y espantosas.

—La realidad, amiga mía, la unirá a mi obra y yo me sentiré más fuerte y menos solo para llevarla a buen término.

Impaciente Cristina de no sabía qué inconcesables y terribles cosas, esperaba a Mario que había rogado estuviese dispuesta aquella tarde para empezar la dramática odisea.

Marieta manifestaba la más intensa y honrada alegría mirando a la joven vestida con severa elegancia, sin negros crespones, dispuesta a ponerse por vez primera en contacto con el alma torturada del pueblo.

Con exacta puntualidad llegó Mario y sus ojos oscuros y bondadosos se posaron devotos de adoración en la silueta deliciosa, cuyas pupilas acusaban el desorden de su espíritu, la inquietud de su alma.

Salieron sin hablarse, pero secretamente dichosos de saberse solos bajo la inmensidad azul.

Mario, orgulloso de la confianza otorgada por la mujer, ignorante de adonde y por cuales escabrosos caminos la llevaría. Cristina, miedosa y feliz a la vez, mirándose compañera de un hombre fuerte, distinguido a cuyo noble poder, quizá sacrificara a no tardar los ideales hasta entonces venerados.

Tomaron un auto.

Mario disculpóse con visible emoción en la voz.

—Las distancias son largas y muchos los hogares a visitar.

No contestó la joven, extraña y sorprendida de cuanto la rodeaba, aturdida y mareada del estrepitoso tumulto de la gran ciudad.

Luego sus labios modulando pálida sonrisa, balbucearon:

—Soy torpe como una campesina.

La tomó Mario de una mano que retuvo en tierra y protectora caricia. El coche se detuvo. Ella paseó una mirada inquieta y azarosa a la calleja estre-

cha, sucia, donde el sol no ponía su nota jubilosa y vivificante.

—Tétrica y húmeda calle — lamentó apoyando su nerviosa mano en el brazo de su compañero.

—Aquí viven los desheredados, los que lucharon, los que fueron hombres y mutiló la guerra — contestó con solemne gravedad.

—¡ Mi pecho estalla! — gimió, no atreviéndose a entrar en el tenebroso zaguán.

—Contenga sus latidos, Cristina; se lo ruego, y prepare su fortaleza, que ella quizá desmaye de piedad, de indignación y de horror.

Subieron una empinada y tortuosa escalera, de peldaños gastados y resbaladizos.

Torpe, la joven, mil veces temió caer, pero siempre su poca habilidad tropezaba con los brazos resistentes y poderosos, evitando sus caídas.

Una puerta se abrió y azotó el rostro delicado de Cristina un vaho tan agrio y penetrante, que involuntariamente retrocedió.

Suavemente sostenida y empujada la joven, sufrió los momentos más alucinantes y desgarradores de su vida. Como bajo pavorosa pesadilla vió pasar entre vapores espesos fantasmas dolorosos, sombras escuálidas que se arrastraban, escuchó murmullos y voces apagadas.

Parecióle también oír balbuceos y risas infantiles, luego en el interior de una habitación sumida en extrañas penumbras, vislumbró la confusa mancha de una cama.

En la semioscuridad y en el fondo tétrico, destacábase como un sudario envolviendo invisible cadáver.

Y el cadáver estaba allí, cadáver horrible y viviente, el cuerpo hundido en el pobre colchón, la cabeza informe clavada en las blancas almohadas.

—Mire usted, Cristina, lo que han hecho de un hombre, los odios humanos — habló Mario con temblores piadosos en la rota voz.

Y alzando un velón que tomó de manos de la dueña de la casa, su luz amarillenta nimbó de trágica aureola de martirio la masa inerte que sostenía la cama.

Lanzó la joven un grito, presto ahogado por su

pañuelo, y sus ojos agrandados por el horror, no se apartaron, extrañamente hipnotizados, de la cabeza mártir, vacíos los ojos, rota la nariz, la boca sin labios, torcida, contraída por una mueca horrorosa, máscara dramática y espeluznante de la tortura a que la sometieron.

Suavemente, con un respeto hecho de veneración, como si sus manos profanas tocasen una santa reliquia, Mario levantó las sábanas, descubriendo el mísero busto mutilado, sin brazos, sin piernas.

¡Oh, qué monstruosidad! — musitó Cristina, ronca la voz por un sollozo contenido.

—Es de la guerra, Cristina, mísero despojo — habló austero, enérgico Mario, sosteniendo el cuerpo vacilante de la joven.

... ..

Subieron a otras casas, penetraron muchos y silenciosos dramas de dolor, conoció muchos calvarios, muchos Gólgotas, removieron miserias y vidas anónimas y heroicas, estremeciósse delante de cuadros cuyo alucinante horror sólo es capaz de inventar la fantasía torturadora del hombre.

¿Cuánto duró la palpitante y emocionante peregrinación?

No lo sabía Cristina, que si hay horas que se cuentan por eternidades de gloria, las hay que hunden en eternidades de infierno.

Del infierno inventado por los hombres, no por Satán, había salido Cristina, abrasadas las alas de sus viejas convicciones, saturada del vaho pestilente de sus cavernas, llena la retina de la memoria de imágenes de tortura, de suplicios, de monstruos. Antros lúgubres de agonía interminables.

Ayer, como hoy. Hoy como mañana. Mañana y el otro y el de más allá hasta que la muerte suprema liberadora pusiese término al tormento de unos seres, que nada tenían de humano, ni siquiera la voz, divino don del hombre para expresar los sentimientos, ni siquiera ojos para olvidar en alegría de luz la mutilación de los brazos arrancados por la metralla y las balas de cañón.

Metralla y balas lanzadas por hombres que se dicen cristianos, amar al prójimo y temer a Dios.

Agobiada por las espeluznantes escenas, reteniendo sus sollozos que arañaban su garganta, contraídas sus facciones por un dolor sincero y punzante, trémula de indignación, Cristina, apoyada pesadamente en el brazo de Mario, solicitó una tregua, un descanso a su sensibilidad.

—No puedo más hundir mi compasión en llagas humanas.

Y Mario, cruelmente hundió el acerado cuchillo de la realidad en aquel corazón que se ignoraba y recibía la primera dura lección de la existencia, con unas frases que dolorosamente la penetraron:

—Ellas, las madres y las esposas, han de curar esas llagas; viven desde largos años con el espectáculo de la cruenta agonía clavado en los ojos y en el corazón.

Y ni siquiera, Cristina, les resta como consuelo, la belleza, que cuando los labios tiernos desfloran la carne mártir los párpados caen involuntariamente, huyendo del monstruo que han hecho de un cuerpo rico en promesas y en juventud. Regresemos

Ya en el refugio de la solitaria casa, Cristina, dejándose caer desolada en el fondo blando de un sillón, tendió en gestos impulsivos sus manos al joven, declarando, quebrantada la voz por las tremendas y recientes emociones:

—Desde el primer día guardé a usted un poco de rencor. Hoy, Mario, le estoy sumamente reconocida.

Un soplo de grandeza pasó entre ellos. La Paz sacudió gozosa sus blancas alas rozando mansamente la frente abrumada de su nueva y fervorosa aliada.

## V

Deploraba Cristina su equivocación; reconocíase culpable.

En vez de extinguir odios, habíalos encendido y fomentado con su idólatra adoración. En vez de accionar y sumarse al grupo de los avanzados y generosos, habíase mantenido alejada en altanero y hurafío aislamiento, no queriendo escuchar los lamentos llegados del exterior, haciendo su mundo, su pa-

sado, presente y futuro en un puñado de tierra lleno de cadáveres.

¡Ah, cómo lamentaba ahora los años mejores de su juventud miserable, perdidos en vergonzosa ociosidad, extraña a todo lo que no fuese su dolor! ¡Y cómo veía pasar delante de sus desolados ojos la procesión quejumbrosa, guñapos repugnantes, de máscaras monstruosas, ruidos por fétidas úlceras, agitando los pobres muñones!

Y miraba la joven, las ruinas de su torre de ideal y entre los escombros humeantes los restos calcinados de su venerado ídolo. Ídolo vengativo y terrible que como otros muchos había ordenado matar, destruir, aniquilar. Después su larga existencia había dejado un plañidero reguero de sangrientas víctimas.

... ..  
 ... ..  
 ... ..  
 Marieta la encontró doblada, escondida la cabeza entre sus brazos, llorando convulsivamente.

Acudió solícita, consoladora, materna:

—¡Cristina, mi pequeña!

—¡Ah, mi buena Marieta; las cosas espantosas y sublimes, gloriosas de fealdad y de martirio que he visto! — confesó levantando su bello rostro, semejante a un lirio bañado en rocío.

—Sabía yo de esos mutilados, cuyas mujeres son abnegadas e infatigables enfermeras, pero tú nada querías saber. Tú misma te hiciste la más desdichada de las criaturas, cuando en realidad podías decirte dichosa.

¡Mor.r! ¡Bendita muerte, término de cuentas y espantosas agonías! Duerme en paz, esposo mío, rodeado de tus soldados! Tu mujer se lanza a la pelea, para que la Paz descienda sobre la vida! — sollozaba y prometía Cristina, retorciendo sus delicadas manos.

Tiernamente, Marieta, la rodeó con sus brazos, prodigándole frases alentadoras de esperanza hasta conseguir calmar su exaltada sensibilidad.

Entonces, cuando los ojos hubieron agotado sus lágrimas y escrutado sereno el mañana, la buena mujer recordó:

—Todos los días bendigo la noche aquella en

que el destino nos hizo el regalo del misterioso herido peregrino. Su palabra ha sido la luz que te ha salvado de las tinieblas.

Mario y Cristina continuaron la piadosa odisea. Durante varios días chapotearon en las miserables llagas de la miseria humana, removieron tormentos, aprendieron tristes historias de dolor y de pasión, conocieron todas las fatalidades que persiguen al hombre desde la cuna; se hundieron en abismos de locas desesperaciones, hasta sentir con la piedad estallar el cerebro y el corazón.

Y Cristina tuvo el presentimiento de su debilidad, vibrantes las cuerdas todas de su sensibilidad, hasta romperse con un sonido lastimero que terminó en suspiros. Doblóse el cuerpo como bella flor tronchada por la tormenta de pasiones, y Mario sostuvo entre sus poderosos brazos, palpitante de sentir contra su carne el aroma delicioso de la carne adorable. La miró con indefinible expresión, lívida, fría, cerrados los dulces y melancólicos ojos y mientras la instalaba, masa inerte y divina, en el auto, meditaba su ternura aun no confesada.

—Sensitiva flor, crecida en bellas y seguras orillas, ignorante, gloriosa de luz, de negros y crueles precipicios. Reverente te has inclinado, dócil a la voz del sentimiento sobre sus yermos y ásperos bordes que te han herido y lastimado. Ahora, dulce mía, serás hada radiante de bondad, y yo, te adoraré.

Cuando Cristina se recobró encontróse tendida en un diván, rodeada de un lujo exótico, que la sorprendió.

Cerró los ojos, no dudando estaba bajo el mágico poder del sueño y al abrirlos de nuevo y, pasearlos por la suntuosa habitación, descubrió una conocida silueta que atenta y devota la observaba.

—¡Mario! — susurró.

Y en el acento había como un llamamiento y una queja de amor.

Acercóse presuroso y sus rodillas se doblaron delante de la doliente y bella mujer.

—¿Se ha pasado la debilidad? ¿Quiere llame a un doctor? —interesóse un poco inquieto el joven.

—Gracias, amigo mío — rechazó sonriendo agradecida.

Y triste lamentó:

—¡Dichoso usted que puede resistir sin desfallecer, las más violentas emociones!

—Hace años me sature de miseria, sin conseguir dominarla, barrerla, de la humanidad. Quisiese ahora hablar un poco de nosotros. ¿Lo desea usted, Cristina? — preguntó, mirándola con extraña ansiedad, como miedoso de la negativa.

—Hablemos, pero antes dígame, ¿dónde estamos? ¿No le parece abusamos de la hospitalidad de esa casa?

—Todo lo contrario, Cristina. La casa se honrará en extremo si usted se digna ocuparla el más tiempo posible — aseguró para tranquilizarla.

—¿Cree usted? ¿Estoy bajo su techo? — insistió curiosa y un poco alarmada del lujo que la rodeaba.

—De un amigo, ahora de viaje. Nos queremos como hermanos y siéndole a usted imposible, dado su desmayo, subir la colina, pensé hacer, como otras muchas veces, mío por unas horas, este hogar. Ahora, tómese usted este licor calmante para sus fatigados nervios —; y Mario presentóle sobre bandeja de plata un licor ambarino y deliciosamente aromado. Lentamente lo absorbió; luego recostándose sobre los bordados cojines, rogó:

—Hablemos de nosotros.

Más intensamente la miró. Diríase quería saber, antes de hablar, el secreto encerrado en aquella alma de mujer, hasta entonces avara de confidencias y revelaciones. Se apoderó de las pequeñas y trémulas manos y guardándolas en el nido ardiente de las suyas, interrogó:

—¿Se arrepiente usted de tenerme por compañero de nobles y dramáticas excursiones, esas excursiones que han descubierto caminos y calvarios ignorados por usted?

—Me arrepiento, Mario, y muy amargamente, de mis años perdidos en la ignorancia y en el egoísmo de mi luto de mujer — confesó con temblorosos sinceros en la velada voz.

Y más firme, con acentos nuevos y convencidos, añadió:

—Tenía yo conceptos muy distintos de los derechos del hombre y consideraba las guerras como necesarios al esplendor y grandeza de la patria.

—¿Y ahora? — insistió inclinándose, anhelante de la respuesta.

—Ahora, amigo mío, comprendo es una terrible dolencia que debemos curar radicalmente, matar hasta su última y más invisible raíz — confesó sus nuevos y generosos ideales, mirando al hombre que había sabido arrancarla de su culpable indiferencia.

—¿Está dispuesta, Cristina, a ser la mujer fuerte e infatigable colaboradora de mi obra?

—Con toda mi alma. ¡Ah, Mario, me es usted, casi un desconocido y ya le pertenezco! — exclamó, sincera, en un grito de su corazón, despierto a la gran aventura.

—¡Mía!... De cuerpo, de alma, de sentimientos, Cristina, o tan sólo de simpatía, esa simpatía dulce de compañero? — temió dudando de su dicha.

—De alma, de corazón. Y mis pensamientos... sí... desde aquella noche, son todos de usted —; y la revelación tenía en aquella pálida boca, perfume casto del primer amor.

Mario, transportado, llevó las dos manos a sus labios y apasionado, dejó hablar sus sentimientos.

—¡Si supiese lo dichoso que me hacen sus frases! ¡Si supiese la cantidad de ternura amorosa que tengo aquí, guardada celosamente, esperando el momento divino de la revelación. Desde que mis ojos se clavaron en los suyos, dejé de pertenecerme. Me quedé, Cristina, prisionero de tus místicos encantos, de tu misterio, de tu dolor. Me propuse arrancarte del ambiente de muerte, donde viva te habías enterrado, en aras de falsos idealismos.

— Y lo ha conseguido usted — reconoció inclinando graciosa su cabeza.

—Porque te adoro, y el amor es un dios poderoso y terrible. Pero, ¿es que tú no puedes quererme? ¿Es que vives aún de recuerdos lacinantes y torturadores, para mis exigencias de férvido enamorado?—; y el joven estrujaba las pequeñas manos,

las subía a sus labios, dejaba sobre su fragante raso, el fuego de sus besos.

—Mi pasado ya no existe y mi presente, Mario... ¡eres tú! — declaró ebria del calor de los besos que le rendían en misteriosas languideces.

—¡Alma mía!...

Se callaron, suspensos en su cielo de radiante dicha, y los ojos, al encontrarse, en rápido fulgor, se dijeron cuantas cosas magníficas los labios inexpertos no podían confesar.

Los brazos del hombre rodearon el cuerpo frágil y hermoso, y teniéndola así, contra su pecho, orgulloso de su tesoro, bebió en la pálida y palpitante flor, la frenética y deliciosa locura del primer beso.

## VI

Sobre silenciosas tumbas, entre negro revolotear de cuervos, el amor dejó sentir su melodiosa, su inefable y delirante canción. Sus alas de oro vibraron sonoras, gozosas y en la colina estalló con la primavera, un grito de la vida triunfando en la juventud de Cristina.

El idilio iniciado en una noche de tormenta se afirmaba en promesas fecundas y renovadoras, tanto más espléndidas para la joven cuando esperaba los melancólicos ocasos de la vejez envuelta en eternas nieves.

Ahora, después del jubiloso despertar, frente a las nuevas y rosadas auroras, Cristina se preguntaba pensativa y desarosa, cómo le había sido posible vivir entre heladas cenizas, cuando en su alma germinaba la florida primavera.

Pero... ¿había vivido? — reprochábase, toda estremecida aún de las caricias del amado.

Mario que iba todos los días, la rodeaba de una ternura siempre creciente, la aconsejaba, la inundaba de gay lluvia de flores.

Rosas... Rosas... Toda la casa era fantástico vergel. Toda la casa y sus carnes y sus cabellos y sus manos olían a rosas. Ya reverente, no las ofrendaba al pasado; ya no las abandonaba sobre el altar de la divinidad de ayer.

Delicadamente, con gestos estéticos y graciosos, después de hundir en sus frescas sedosidades su rostro de dichosa enamorada, cortaba la más gallarda y opulenta y la prendía ahí, sobre su corazón, que latía locamente, como si quisiese precipitar los acontecimientos.

Marieta, tenía para Mario un respeto tierno y terroroso que se manifestaba en febril impaciencia cuantas veces el joven, por casualidad, se retrasaba.

—Diríase eres tú la enamorada — sonreía Cristina.

—¡Si pudiese deshacerme de mi buen y viejo marido! — replicaba, mirando la puerta, saliendo, con el deseo al encuentro del retrasado.

... ..

Ligeramente preocupado Mario miraba el risueño renacer de aquella noble naturaleza extrañado de que la joven no se decidiese a dejar la colina, como si el ayer la encadenase aún a sus muertos.

Demasiado educado y digno para imponerse esperaba que Cristina manifestase su libre voluntad sin la fuerza de la coacción, afirmando así con la triste equivocación, la serena y alegre seguridad con que recorrería las nuevas y bondadosas rutas. A veces tendola amorosamente enlazada, hundía sus ojos penetrantes y graves en los melancólicos y soñadores, reprochando:

—¡Qué no te vea, alma mía, dispuesta a emprender raudo vuelo, hacia tierra de más opulentas y floridas primaveras!

—¡Quizá escaparé Mario, y no lograrás conseguirme! — replicaba la joven iniciando una sonrisa.

—Yo, Cristina, volaría a tu lado, miedoso de que rapaz gavilán te hiciese su presa.

—¿Celoso?

—Prudente, no celoso, que el amor si frecuentemente es temerario y loco, sabe también de viejas y sensatas filosofías.

No contestaba Cristina, toda miedosa de ofender y herir la susceptibilidad del apasionado si dejaba escapar su secreto, su secreto que le roía y torturaba con la más cruel de las incertidumbres.

Secreto de otro secreto; de otro e impenetrable misterio. El misterio que rodeaba a Mario. ¿Quién era en realidad? ¿Cómo y de qué vivía? ¿Por qué no hablaba, confiando cuanto de anormal y de enigmático había en su vida? Ignoraba todo de él. Sabía tan sólo que se llamaba Mario y que los míseros y los desgraciados le veneraban, pronunciando su nombre con agradecida admiración.

Si repartía a manos llenas, era que su posición se lo permitía, y ella, cuya fortuna personal yacía inactiva en las cámaras acorazadas de los Bancos, esperaba impaciente el momento de asociarle a su obra, reparando en lo posible las catástrofes ocasionadas por la guerra.

¿Qué su pasado no estaba quizás limpio de reproches? ¿Qué se interponía la sombra fugitiva de otra mujer?

Qué le importaba ahora a Cristina si le querría con su dudoso pasado, con sus defectos, con sus extravíos, con su pasión a otra mujer.

¿No debía ella también acusarse de fría indiferencia hacia sus hermanos heridos por la adversidad?

... ..

Tres días hacía que Mario no había subido a la colina y Cristina languidecía en nostalgias de ausencia.

Cierto que el joven había anunciado su imposibilidad de ir, ocupado en poner en orden sus muchos asuntos. Cierto también que había mandado a la joven una tierna misiva exhalando la pasión, la esperanza, el deseo y la ilusión que le poseían con el tesoro de su amorosa confianza, con la impaciencia ardorosa de saberla pronto y toda suya... Las frases ungidas con óleo precioso de adoración la dejaron fría, insensible y la duda, silenciosa unos días la dejó gir de nuevo su cantinela desoladora.

Y surgieron más poderosas y exigentes las ansias de saber, de conocer al hombre antes de hacerle dueño de su cuerpo y de su porvenir.

Aquella tarde Mateo llegó de la ciudad cargado con su cesto de provisiones y un paquete de periódicos que dejó sobre el velador del salón.

Los periódicos y los libros, fueron los únicos lazos

que durante su destierro la unieron con la sociedad intelectual.

Distraidamente para matar el aburrimiento y la monotonía del tiempo empezó a hojear una revista y a no tardar sus ojos tropezaron con un nombre que la hizo temblar y presentir no sabía qué cosas altísimas y nunca soñadas.

Nerviosas las manos, palpitantes los labios, éstos en alta voz y con unción de plegaria recitaron:

"El conocido patricio y entusiasta pacifista Mario de Solterre, ha dado otro bello ejemplo que imitar.

Su espléndida propiedad del Solterre con sus inmensos bosques, praderas y parques señoriales inauguró ayer como refugio y hogar permanente de ciegos y mutilados de la guerra.

Y no solamente se ha pensado rodear a los humildes héroes de todo bienestar material, sino que se procurará nutrir la vida espiritual por medio de conciertos, lecturas, conferencias y lecciones a fin de que los ciegos aprendan a leer, a escribir, hacer música...

La administración del inmenso dominio con sus dependencias corre a su exclusivo cargo..."

Suspendió Cristina la lectura. Un vértigo la sacudió y a estar allí Mario hubiese caído de rodillas, humilde esclava indigna del amor de tan magnánimo como poderoso dueño

Huyó veloz el tétrico fantasma de la duda y la luz se hizo en su turbada memoria.

—¡Solterre!.. ¡Solterre!.. ¡El hombre que según sus amistades, había sido castigado en todas y sus más puras afecciones, por el monstruo de la guerra!

Ahora comprendía su horror, su odio. Y como sublime venganza, había escogido el mejor camino. El camino de amor, de bondad, compañeras inseparables de la Paz.

En el glorioso descubrimiento, Cristina, en gesto de repulsión, desprendióse de viejas y falsas divinidades, trazóse una ruta toda luz de humanidad que ya nunca abandonaría.

Serena, con una serenidad plácida y reconfortante, esperó al generoso amado.

... ..  
Cristina le salió al encuentro y abrazada a las flo-

ras, con que Mario la ofrendaba le sonrió agradecida.

Se miraron luego en el misterio de las almas, sorprendidos y encantados de saberse excesivamente dichosos después de la corta ausencia.

—¿Triste? —preguntó besando las manos sahumadas de rosas.

—Lejos del sol, las flores languidecen —respondió mecida por el férvido cantar de los besos.

—¿Durante mi ausencia, has recibido la visita de las exquisitas musas? —interrogó contento de encontrarla juguetona, riente, amorosa, sometida, olvidada.

—Nunca he tenido amistad con esas exquisitas hadas, que ellas como féminas gustan más de cerebros masculinos para prender en ellos, el fuego sagrado de la inspiración.

—¡Un pájaro negro, Mario, negro y atrevido! ¡Las cosas estupendas y maravillosas que me ha cantado! Un verdadero cuento de hadas con su legendario príncipe! ¡El príncipe eres tú! —habló con una encantadora vivacidad que el joven agradeció, desde lo más íntimo de su alma.

Sin abandonar sus manos palpitantes y fragantes flores, replcó con ligeras entonaciones de contrariedad:

—Cierto, no ha mentido el pájaro. Subí a la colina donde dormía bajo el maléfico poder de perversos brujos la más encantadora y triste de las princesas.

Y era tan profundo el sueño en que la tenían sumida las malas y engañosas artes que mi beso de amor no tuvo poder bastante para despertarla. Preciso fué sacudirla con los brutales llamamientos de la más trágica de las realidades.

Una vez sentados, la juguetona alegría huyó del bello rostro de Cristina, sus bellos ojos se humedecieron, sus manos se plegaron implorantes y su voz velada tildó ternura, emoción, temor, admiración.

—Señor de Solterre, su nuevo hogar necesita de una directora ¿me cree usted capaz de ocupar esa dirección?

—Cristina, amada mía... ¿de verdad? ¿Querrás tú? —gritó transportado tomándola entre sus brazos.

—Te lo ruego. Se me hará largo el tiempo hasta tomar posesión de mi empleo. Dentro de unos días, em-

pleados en preparar los muebles, abandonaré la colina. Tengo mi casa solariega en la ciudad —prometió enjugando sus ojos y mirándole hondo, firme, a fin de que no dudara de su sinceridad.

—Antes, Cristina, debo hablarte. Antes de hacerme el magnífico regalo de tu cuerpo y antes de ser mía, debes conocerme —exigió con tierna autoidad.

—No... no; —rechazó voluntariosa y emocionalda—. Conozco, sé de tus regias generosidades, de tu magnánimo corazón, de tu inagotable bondad.

—¿Conoces su fuente, su manantial subterráneo preñado de horrendos dramas, salpicado de sangre y de restos humanos? ¡Ah! Cristina, ¡he vivido una de las tragedias más intensas, escritas en el libro rojo de la guerra! Su herida no se ha cicatrizado, no se curará jamás, porque todos los días se renueva con el espectáculo de los míseros despojos del naufragio, arrojados en las rocas de la vida.

—No las hagas más dolorosas. Mario mío. reviviéndolas, con su relación —aconsejó Cristina toda estremecida, del visible trastorno que ponía su máscara de lívida cera en el enérgico y querido rostro.

Sin escucharla, anhelante de confesiones, reveladoras de su perpetuo estado de alma, Mario continuó;

—Tú, Cristina, que te decías la más miserable de las criaturas, oye mi drama de familia. Seré breve. Todos los hijos primogénitos, desde largos años en mi familia, han seguido la carrera de marinos, en buques de guerra.

Mi padre, así que estalló el espantoso conflicto europeo, partió, comandante de una escuadra, tomando a su hijo mayor, que había terminado sus estudios, como uno de sus oficiales. Mis otros dos hermanos, llamados a filas, se incorporaron a sus respectivos regimientos. Escapé yo al llamamiento porque convaleciente de larga y penosa enfermedad, carecía de fuerzas, no solamente para resistir la vida de trincheira, sino también la del cuartel.

Nos retiramos con mi angustiada madre a una propiedad de provincia que no tardó en convertirse en un lamentable hospital de sangre.

Yo leía la desesperación en el hurafío silencio de mi madre, ocupada su actividad en vendar heridas.

Un día llegó la noticia de grandes combates navales, con la pérdida de nuestras mejores escuadras.

Los labios de mi madre se quedaron blancos, palpitaban en sollozos retenidos y su amante corazón presintió lo irreparable.

—Has perdido al mejor de los padres y de los hermanos, yo al más bondadoso de los maridos y al más tierno de los hijos —exclamó doblada bajo el fondo aplastante del dolor—. Días después la triste desgracia se confirmó y el luto más negro llenó la casa.

—¡Oh! —gimió Cristina, mordiéndose su pañuelo.

—Se pasaron unas semanas. Los heridos afluían y la actividad a que obligaban a mi madre alejaban los penosos recuerdos.

Llegaron del frente mis dos hermanos, uno con permiso, el otro, herido. Herida leve, pero que imposibilitaba su brazo para manejar las armas. Una tarde... ¡Oh, aquella tarde, Cristina! — y la voz ahogóse en un lamento.

—¡Mario mío! —suplicó inclinándose sobre la profunda emoción del amado.

Con titánico esfuerzo consiguió serenarse el joven y ronco el acento terminó:

—Estábamos los cuatro reunidos en el jardín. La tarde era serena, bañada de sol. Bajo les grandes árboles algunos convalecientes paseaban, contándose sus cosas.

Mi madre, rodeada de sus hijos parecía renacer a la vida, resignada a las durezas del destino.

De pronto, en el espacio, vibraron siniestras alas metálicas. No tuvimos tiempo de levantar la cabeza y huir el peligro.

Un relámpago... una explosión... polvo... humo... ramas y miembros humanos. Pasado el terrible aturdimiento, busqué con azorados ojos a los seres queridos.

Mis dos pobres hermanos habían desaparecido y en su lugar había un montón palpitante de carne roja y negra.

Mi madre, lanzó un alarido de leona furiosa y

cayó sobre aquella masa sanguinolenta y viscosa que habían sido sus hijos. Enloqueció. Tuvieron que ponerla la camisa de fuerza. Así murió, semanas después...

Yo habíame desvanecido y horas después se me declaró de nuevo la fiebre que me retuvo largos meses en cama. Cuando curé me encontré huérfano, solo...

Ni siquiera dejó la guerra, el supremo consuelo de recoger el último suspiro de mi madre, y sobre su tumba juré odio implacable a la guerra, sembrar en torno de mi vida la paz y el amor. Y cumplo mi promesa, Cristina.

Estalló su contenido dolor a la cruenta evocación y ocultando su lívido rostro en sus manos, el cuerpo todo fué sacudido por el llanto.

Cristina se levantó en apasionado impulso y rodeando las espaldas con sus brazos, consoló:

—Ahora no estarás solo Mario. Yo seré tu familia, tu compañera, tu colaboradora, tu amor.

Levantó la cabeza, sacudiendo firmemente la debilidad de la desesperación y tomando de las manos a la joven la llevó cerca de la ventana.

—Mira —dijo extendiendo su brazo en gesto solemne y grandioso— esas tumbas simbolizan la cruel locura humana, su sed de sangre, sus instintos de muerte y destrucción. A nosotros corresponde vengarlos, con amor, curando las heridas...

—Sí, Mario mío —interrumpió Cristina poseída, exaltada de la belleza augusta del momento, que marcaría en su día auroras de paz en la inmensidad. Curando llagas y heridas de sus víctimas repararé los males causados a la otra parte de las trincheras, por el hombre que fué mi marido.

La envolvió en amorosa caricia y así juntas las cabezas, unidas las manos, latiendo al mismo ritmo los corazones, miraron como la agonía de la tarde, agitaba sudarios de sombras sobre la fúnebre colina.

Y Mario, inclinado sobre el futuro, prometió:

—Día vendrá, Cristina, en que todos los hombres serán hermanos. Hermanos de ideales y de convicciones. Hermanos que acatarán y cumplirán como sagrada religión, el sublime concepto, hoy olvidado: "¡No matarás!"

Regina Opisso.—102. El tesoro escondido, de Adrián del Valle.—103. La fuerza del amor, de Juan Martín González.—104. Los malcasados, de Federico Urales.—105. Del Madrid de mis amores, de Mauro Bajatierra.—106. El corazón de la esfinge, de Angela Graupera.—107. Nuestra Señora del Pasalelo, de Federica Montseny.—108. El amor que queda, de V. Márquez Sicilia.—109. De maestro a guerrillero, de Adrián del Valle.—110. Los hijos del otro, de Regina Opisso.—111. El hombre adúltero, de Federico Urales.—112. ¡No, no, eso no!, de A. Fernández Escobés.—113. La pequeña hechicera, de Angela Graupera.—114. Un Abel más malo que Cain, de Aurelio G. Rendón.—115. El derecho al hijo, de Federica Montseny.—116. Los carrillanos, de F. Berthe.—117. Pedro el Justiciero, de Regina Opisso.—118. La mujer calda, de Federico Urales.—119. Una aventura original, de Lorenzo Regalado y García.—120. Los caminos del mudo, de Federica Montseny.—121. Micaela, de Diego Ramonón.—122. Historia de la Cisca, de A. Fernández Escobés.—123. El retorno a la tierra, de Angela Graupera.—124. La moza alegre, de Federico Urales.—125. Mi honor... ¡no importa!, de Regina Opisso.—126. Contrabando, de Adrián del Valle.—127. Hacia otra vida, de Mauro Bajatierra.—128. La hija de las estrellas, de Federica Montseny.—129. Escenas del teatro, de J. Ramos Concepción.—130. Espinas y flores, de Andrés Ramos Alvarado.—131.—El médico galante, de Angela Graupera.—132. Luz, de V. Márquez Sicilia.—133.—La tentación, de Angela Graupera.—134. Juan el torto, de Diego Ramonón.—135. Un accidente accidental, de Pedro G. Carrillo.—136. Frente al amor, de Federica Montseny.—137. La tragedia de Leonora, de Regina Opisso.—138. Lluvia de flores, de Federico Urales.—139. El origen de una fortuna, de Román Cortés.—140. La alegría del barrio, de Mauro Bajatierra.—141. La farsa torpe, de A. Fernández Escobés.—142. Como las abejas, de Angela Graupera.—143. Las aventuras de Cándido Llano, de J. Orpi Borrás.—144. La sembradora, de Federico Urales.—145. El resurgir de un pueblo, de Alejandro J. Ullá.—146. La víctima, de Regina Opisso.—147. La vengadora, de Rodríguez.—148. La elección, de Valentín Obac.—149. La nobleza y los bergantinos, de A. Fernández Escobés.—150. Los amores de Marisol, de Federico Urales.—151. En las garras del hombre, de Angela Graupera.—152. Novias con y sin hijos, de Federico Urales.—153. Fuera de la ley, de Mauro Bajatierra.—154. En un lugar de Andalucía, de Diego Ramonón.—155. Paloma herida, de Federico Urales.—156. Esclavitud, de Elias García.—157. Cero, de Adrián del Valle.—158. Flores simbólicas, de V. Márquez Sicilia.—159. La paloma levanta el vuelo, de Federico Urales.—160. La herencia robada, de José Soler y Raventós.—161. Bajo los cerezos, de Angela Graupera.—162. Sol en las cimas, de Federica Montseny.—163. El asedio, de Ricardo Peña.—164. ¡Por fin un hombre!, de Federico Urales.—165. ¡Me basto yo!, de Regina Opisso.—166. ¡De quién eres tú?, de A. Fernández Escobés.—167. La celada, de Ignacio Corajejo.—168. El sueño de una noche de verano, de Federica Montseny.—169. Antes morir, de Andrés Ramos Alvarado.—170. La novia del loco, de Diego Ramonón.—171. El secuestro de Andrea, de Federico Urales.—172. El hombre que perdió el alma, de Mauro Bajatierra.

DE TODAS ESTAS NOVELAS SE SIRVEN COLECCIONES

Precio de cada volumen: 15 céntimos

# Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX

POR GEORGE BRANDÉS

LA REVISTA BLANCA ha empezado a publicar, en forma de folletín encuadernable, esta magnífica obra del gran crítico danés.

*Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX*, es la síntesis filosófica y analítica del pensamiento literario en el pasado siglo; es una ojeada de gigante al magnífico panorama de la evolución universal de las ideas en la literatura de un período rico en hombres, en hechos y en teorías. La revisión de esta obra, hecha por su mismo autor en 1924, la ha enriquecido con las enseñanzas de los grandes acontecimientos de este principio de nuevo siglo, que ha sentido las sacudidas de dos enormes cataclismos sociales: la guerra y la revolución rusa, con su cortejo de reacciones morales y políticas, con su período de gestación confusa, de crisis y de alumbramiento doloroso de fes y de ideas nuevas.

*Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX*, por primera vez traducida y publicada en español, se compondrá de seis tomos, en los que son estudiadas todas las escuelas literarias y todo el movimiento de ideas políticas y poéticas inaugurado por el romanticismo y el neoclasicismo, hasta llegar a los principios revolucionarios del arte, a la construcción de caracteres ibsenianos, al simbolismo y al realismo.

Todo lector estudioso, todo hombre de espíritu inquieto y ansioso de saber, leerá esta obra que LA REVISTA BLANCA se complace en publicar.

“La Revista Blanca” se vende a 0'50 ptas. ejemplar

Suscripción trimestral 3 ptas. - Administración: Guinardó, 37

BARCELONA